

El creole como parte de la identidad literaria de Haití

Juan Antonio Rosario Mena¹



Creol / créole ('criollo haitiano') es el idioma criollo hablado en Haití y por emigrantes haitianos en toda la zona del Caribe, principalmente en República Dominicana, Cuba, Florida y Boston; se extiende, incluso, hasta pequeños núcleos en Francia, Canadá y Estados Unidos, donde viven emigrantes haitianos. Es un criollo de base léxica francesa con rasgos estructurales de lenguas del África occidental, como el wolof. Muestra también influencias de otras lenguas africanas como el fon, ewé, kikongo, yoruba e igbo. Esta lengua tiene dos dialectos: *fablas* y *plateau*. El *créole haitien* posee una gramática mucho más simple; por ejemplo, los verbos no se implementan según tiempo ni persona, carece de género gramatical, es decir, los adjetivos no se implementan para concordar en género con el sustantivo al que califican; usa un *fijo* de persona para indicar

1 Licenciado en Letras, Licenciado en Idiomas, Mención Francés, y Licenciado en Psicología. Magister en Lingüística por la Universidad de Sevilla y Magister en Filosofía por la Universidad del País Vasco. Ha publicado varios libros de ensayos y poesía. En la actualidad cursa el Doctorado en Lingüística en la Universidad de Sevilla y el Doctorado Filosofía en un Mundo Global en la Universidad del País Vasco (UPV).

posesión de los sustantivos; uso de modificadores o auxiliares para indicar todos los tiempos verbales; utiliza la construcción sujeto-verbo-objeto igual que el francés; la pluralización de los sustantivos y la posesión, son indicados añadiendo ciertos sufijos (proposicionales) como *yo*, a la palabra principal.

La primera referencia al *créole haitien* se encuentra en la alusión que se hace en el texto francés del suizo Justin Gerard-Chantrons, editado en 1785: *Voyage d'un suisse dans différentes colonies d'Amerique pendant la dernievve guerre*. Desde 1961 el *créole* haitiano es lengua oficial junto con el francés, que había sido la única lengua de Haití desde su independencia en 1804. Existen periódicos y programas de radio y televisión en *créole*. El sistema educativo en Haití se imparte principalmente en *créole*. Muchos emigrantes haitianos usan el *créole* en su lugar de residencia: en Estados Unidos, es común en Nueva York, Boston y el sur de la Florida.

Su uso en la literatura es pequeño, pero va en aumento. Según el poeta y criollista Jean Bernabé,

es a través de la literatura oral que el *creól* da todo su potencial. Los cantos, los cuentos y los proverbios colocan en escena la vida de las Antillas con indudable justicia, las fuerzas de las imágenes, supliendo a un vocabulario limitado (sobre todo si se enriquece de los aportes del francés moderno y del mismo inglés). El *creól* es por esencia una lengua viva, formada lejos de las academias, bibliotecas y cafés literarios, donde los hombres se reunían alrededor de una botella de ron o de un juego de dominos. Sus cualidades de expresión dieron nacimiento a una literatura y a una poesía de una enérgica riqueza.

La independencia de Haití dividió el país en tres sectores. La población comprendía una mayoría de esclavos negros iletrados y una minoría culta francófona, educada entre un catolicis-

mo ajeno al Vaticano y la religión vudú. Se generó una literatura de combate, a veces escrita por blancos. Se recuerdan los versos de Louvet y de Fournier-Pescay (*El viejo trovador*, 1812), vinculados a la estética del neoclasicismo (Laroche 1981:128). El abate Grégoire estudió la literatura de los negros y Boisrond-Tonnerre escribió las primeras memorias históricas. Obras históricas de ficción y de carácter antiesclavista se deben a Vastey y a Juste Chanlatte (*Gritos de la naturaleza*, *Canto inaugural*, la tragedia *Nehri*, la ópera cómica *La partida de caza del rey*, Haitíada, 1827). Actos festivos y fiestas menudearon y dieron lugar a textos de Dupré, Jules Solimes-Milscent, Jean-Jacques Romane.

El romanticismo, encabezado por Feliz Darfour, tuvo como principales órganos de expresión los periódicos *L'Eclairneur*, *L'Avertisseur*, *Le Républicain*, *L'Union*. En ellos destacaron los hermanos Nau, los Ardouin y Beauvais Lespianasse. Los principales nombres del romanticismo son los poetas Pierre Faubert (1806-1868) y Alibée Féry (1818-1896) y el dramaturgo Liataud Ethéart (1826-1888). Se planteó por entonces la cuestión de una literatura nacional y se exploró el folclore afroantillano. En tal tarea destacan las obras monumentales de los historiadores François Xavier Garneaud (1814-1884), Beaubrun Ardouin (1796-1865) y Joseph Saint-Rémy (1815-1868). A mediados del siglo XIX hay una recuperación de las fuentes francesas y aparece la idea de una Francia Negra. Su contenido es, a la vez, contrario al racismo y a la injerencia estadounidense. En esta línea sobresale Démesvar Delorme (1831-1901), con la obra *Los teóricos del poder*, defensa de lo francés; los estudios sobre la cultura popular criolla y las novelas históricas de ambiente europeo (*Franchesca*, *El condenado*). Entre otros nombres destacables de la tendencia figuran Anténor Firmin, Hannibal Price, Benito Sylvain. De entonces data la primera novela de asunto haitiano, *Stella*, de Emeric Bergeaud (1818).

La poesía de carácter malditista y decandente aparece con Amédée Brun, Pierre Faubert, Abel Elie y Charles Segury-Villevalaix. El tema de las guerras civiles se une al parnasianismo

en Isnardin Vieux, Tertulien Guilbaud, Ignace Nau y Massillon Coicu (1867-1908), fusilados en este tipo de contiendas. El teatro heroico y de conflictos de honor aparece con Vandenesse Ducasse y Henri Chauvet (Lévy-Joseph 2004:79). Al cambiar de siglo, hay una gran eclosión literaria a través de revistas como *La ronde* y *Häiti litteraire et sociale*. Se impone la novela del costumbrismo como Frédéric Marcelin (1848-1917), autor de *La venganza de Mama*, *Marilisse*, *La Confesión de Bazoutte*. La novela psicológica incorpora a Rómulo de Fernand Hibbert. La poesía se encamina por distintos rumbos: el simbolismo de Probus Blot y Seymour Pradel, la poesía filosófica de Etzer Vilaire y el intimismo de Damoclés Vieux. Justin Lhérusson (1873-1907) escribe las letras del himno nacional.

La intervención estadounidense (1915-1934) abre una polémica entre los defensores de la influencia anglosajona y quienes propenden a la identidad nacional: Pauléus Sannon, Frédéric Marcelin y Auguste Magloire. La poesía acusa las mismas tendencias contradictorias en las obras de Constanin Mayard, Emile Roumer y Vergniaud Leconte. Al cesar la intervención hay una fuerte ola de africanismo en revistas como *Revue indigène* y *La Trouée*. El maestro de la tendencia es Normil Sylvain (1901-1929), pero su gran teórico es Jean Price-Mars (1876-1969), autor de textos fundamentales como *La vocación de la élite* y *Así habló el tío*. Entre otros nombres, merecen ser citados Carl Brouard y Dantés Bellegarde. En la década de 1930 se impone la novela del negrismo con Virgile Valcin, Stéphen Alexis (*El negro enmascarado*) y Jean-Baptiste Cinéas. En 1936 la revista *L'Assaut* y el recién fundado Partido Comunista (PC) escoran el negrismo a la izquierda, con nombres como Jules Blanchet, René Piquion y el fundador del PC, el más notorio narrador haitiano, Jacques Roumain (1907-1944), el autor del clásico *Los Gobernadores del Rocío*. Esta tendencia se aproxima a la que también se dio en la literatura cubana, sobre todo con autores como Nicolás Guillén.

Estas líneas dominan las dos décadas siguientes con una poesía que concilia el vudú con el surrealismo: Anthony Lespes, Félix Morisseau, Magloire Sainte-Aude, René Bélance, René Depestre. A partir de la década de 1960, la poesía de resistencia a la dictadura cancela viejas disputas y toma un tinte humanista y no partidario en la obra de Davertige, Anthony Phelps, René Philoctète, Roland Morisseau y las publicaciones de la editorial Mémoire. La novela social cuenta con los nombres Edwige Danticat, Marie Chauvet y Liliás Desquiron, mientras que el tema del exilio se da en las de Emile Ollivier, Jean Métellus y Stanley Péan.

La literatura haitiana, en general, tiene varias características propias, que pueden destacarse como las líneas centrales de su desarrollo:

- En primer lugar, la acción domina desde los albores de la independendencia hasta la fecha; quiero decir que las letras del siglo XIX suelen distinguirse por lo que se llama en nuestro tiempo un espíritu pragmático; se trata, en una palabra, de *littérature engagée* (comprometida).
- Una segunda característica, que se produce más tarde, en el siglo XIX, y lo que va del XX, es el esfuerzo por reflejar en la lejana tierra antillana las tendencias, inquietudes y preocupaciones del mundo literario francés. Todos los movimientos que se inician en Francia: surrealismo, simbolismo y tantos otros, cuentan con sus devotos haitianos y con imitaciones más o menos logradas. Haití vive muy aislado en América y el único sostén de su cultura es Francia.
- Una tercera característica, que es de nuestro tiempo, es el africanismo o haitianismo. En una introducción a un pequeño libro de ensayos críticos, que apareció hace algunos años bajo el nombre de la *Collection des Griots* (1938-19409), el doctor Prince-Mars señala justamente esta tendencia entre algunos de jóvenes escritores con-

temporáneos. Este célebre escritor ha sido acusado a menudo de haber iniciado, con su *Ainsi parla l'Oncle*, esta nueva tendencia a buscar en los orígenes africanos el secreto de la nacionalidad. Condiciones materiales en que se produce esta literatura. Pocos son los países americanos donde el escritor puede aspirar a vivir de la pluma: México, la Argentina, el Abril y tal vez algunos más, pero en el caso de los países pequeños, el escribir –sin hablar de publicar– es un acto de heroísmo, presupone un grado de abnegación que no todos son capaces de alcanzar. La prensa haitiana ha recogido muchos de estos escritos a todo lo largo de su historia, con el resultado de que muchas composiciones se han perdido, en vista del carácter efímero de muchas poblaciones. Haití es un país de revistas y periódicos de corta duración. Como no han existido apenas casas editoras, muchos autores han tenido que alcanzar a su público en la prensa con grave menoscabo en su conversación permanente.

La literatura haitiana es el triunfo de la voluntad humana sobre el medio. El público lector haitiano es minúsculo; y el público comprador, todavía más. Esta literatura logra, de cuando en cuando, imponerse a la atención de los franceses, pues se han dado casos de que obras haitianas fuesen premios de la Academia Francesa, y que otras fuesen editadas en París. La literatura haitiana se inicia con lo que puede llamarse la prosa apolítica y la poesía.

Un Boisrond Tonnerre expresó en un lenguaje exaltado y feroz los sentimientos de independencia que animaban a los que rodeaban a Dessalines, y varios de los primeros poetas de la balbuciente literatura haitiana celebraban los acontecimientos políticos y bélicos de su tiempo cantando las obras de un Pétiou, o denunciando las inquietudes de otro dirigente político. Con la aparición de la primera revista literaria, *L'Abeille Haïtienne*, una tribuna se presenta para algunos de estos líricos y satíricos.

Juste Chaulatte, donde de Rosiers bajo el rey Christopher, fue el director del periódico oficial del reino, La Gazette D'Haití, y más tarde desempeñó la misma función bajo Boyer.

Con el conocimiento de la independencia de Haití durante el reinado de Carlos X, las relaciones con Francia se reanudaron, de manera que las corrientes literarias francesas de la época fueron conocidas e imitadas en Haití. Cariolan Ardouin, Ignace Nau y Pierre Faubert representan en Haití esta tendencia, y a pesar del color local que introducen inevitablemente en sus versos, son, en el sentido estricto de la palabra, portavoces de una escuela poética francesa. Entre 1860 y 1876 Charles Séguy Villevalleix, Ducas Hippolyte y Abel Elie continuaron la misma tradición, sin añadir nada fundamental a las letras francesas.

El poeta haitiano casi por antonomasia fue Oswald Durand, que se destaca muy por encima de sus contemporáneos, como de sus predecesores, por un talento extraordinario y una capacidad de vocación del color, el sabor y el ambiente del país, que no ha tenido ningún otro poeta desde su tiempo. Durand nació en Cap Haïtien en 1840, donde hizo sus primeros estudios, publicando sus versos en diferentes periódicos, hasta que fueron reunidos en 1896 en dos volúmenes. Fue diputado durante la Presidencia de Salomón, y en 1905 el parlamento le otorgó una renta mensual como compensación por sus servicios a las letras nacionales. Se le ha llamado el Mistral haitiano, y en cuanto al lenguaje Durand tiene la particularidad de haber "haitianizado" su vocabulario, de haber tomado del pueblo y de su manera de hablar muchos de los giros que distinguen sus versos. Duraciné Vaval, Constantin Mayard, Edgar Numa, Timothé Paret, Frédéric Butt-Reybayd, Dominique, Léon Vieux, y muchos otros, pueden clasificarse entre los que han pertenecido a la escuela creada por Durand. El tema histórico o patriótico no había desaparecido en este afán de cantar las bellezas naturales, la flora y el paisaje de Haití. Tertulien Gulbaud, nació en 1856, publicó una selección de versos en París, en 1885, y un ardoroso sentimiento patriótico vibraba en todo lo que escribía. Massi-

llon Coiscou (nació en 1867) siguió la misma trayectoria de sus Poésies nacionales.

La Massillon Coiscou, como tantos otros de sus compatriotas, estuvo adscrita a la legación de Haití en París, donde frecuentó los círculos literarios y perfeccionó su estilo. En otra selección de versos, llamada Passions, nos ofrece una serie de delicadas estrofas al amor. Desde Ignace Nau, antes de 1840, hasta el siglo xx, el romanticismo continúa teniendo una gran actualidad. El poeta Etzer Vilaire publicó en 1901 algunos versos, que le merecieron los elogios entusiásticos de sus contemporáneos, algunos años más tarde dio a la publicidad, en París, una colección más abundante de sus poesías, bajo los títulos de *Années tendres* y *Poèmes de la mort*. Es un poeta de la angustia mortal y sus versos han simbolizado un largo e interminable examen de conciencia, todo más o menos a lo Víctor Hugo. Edmond Laforest estaba muy vinculado a Etzer Vilaire y durante su vida fue intermitentemente un romántico, para luego cincelar el soneto a la manera de José María de Heredia. Contribuyó a la colección de *Poètes français de l'Eranger*.

Se ha criticado a la literatura haitiana por la abundancia de escritores que tratan temas que nada tienen que ver con el país, con sus problemas, o siquiera con su ambiente particular. La crítica nos parece en general mal fundada, si tomamos el conjunto de poetas y prosistas. Es cierto que algunos de los que han contribuido con mayor eficacia a la vida nacional, en prosa, o en la vida activa, como poetas, nos dejan la impresión de vivir ajenos a las inquietudes puramente nacionales. Un Georges Sylvain honraría a cualquier literatura. Procedente del Colegio Stanislas de París, donde se formó en humanidades, representa una de las personalidades haitianas de más profunda cultura. Fue uno de los primeros en publicar una obra en criollo (*creole*), y a la vez dio a la publicidad una serie de versos de una extrema delicadeza. Sylvain intervino activamente en la vida política del país, fundado, durante la ocupación norteamericana, la *Union Patriotique*, para la reconquista de la autonomía

nacional perdida (Morpeau 1925: 273). Proyección de esta sensibilidad son poetas como Ida Faubert, tal vez la mujer más notable en las letras haitianas; Ernest Douyon, Louis Duplessis, Shristian Werleigh, Roussan Camile, Roland Chassagne y otros. El verso libre invadió a Haití con Duraciné Vaval y fue cultivado con intensidad por uno de los poetas más interesantes del Haití moderno, León Laleau. Louis Morpeau, otro poeta de vena, sucumbió después en una protesta contra toda regla en la composición. Normil Sulvain, un escritor joven, que entró en combate descomunal con las normas clásicas y convencionales, explicó en la revista *Revue Indigène* las exigencias de la poesía haitiana moderna:

El sonido del tam-tam que incita al baile; el ritmo sensual y tremulante de nuestras danzas; el méringue con su melancolía voluptuosa; éstos son los temas que debían dominar nuestra poesía. El estilo debía ser el reflejo directo y personal de nuestras emociones... Escribimos en francés, pero somos y no debemos olvidarlo, extranjeros, tal vez bárbaros, a los ojos de los franceses. No tenemos ninguna obligación de seguir sus refinamientos ni su sensibilidad. Debemos tratar de expresar nuestras propias emociones y sentimientos.

Muchos jóvenes, atraídos por la libertad y ausencia de restricciones que se les ofrecía, cultivaban con más o menos éxito el verso libre, pasando luego al simbolismo y al dadaísmo. Cuando la literatura haitiana se encontraba en esta verdadera encrucijada de su evolución, apareció una obra a que hemos hecho referencia frecuentemente *Ainsi parla l'Oncle* de Jean Price Mark (Morpeau 1920:237).

El renacimiento africanista en Haití, que ha dado varios frutos positivos, no solamente en la literatura, sino en la fundación de un "Centro de Etnografía y Estudios Análogos", se inspiraba,

en parte, en el florecimiento en otras tierras de una escuela literaria compuesta de negros: Claude Mackay, Langston Hughes et Countee Cullen en los Estados Unidos, y en el interés que se manifestaba por este aspecto de la cultura nacional de Cuba. El movimiento, si tal puede llamarse, produjo poetas como Diaquoi, Piquion, Casseus, Denis, Pierre Antoine Duvalier, Clément Magloire hijo, y uno de los más distinguidos, Carl Brouard. En los versos de muchos de estos modernos, el sonido del tambor y el ritmo de África se han captado con rara fidelidad y profunda sensibilidad. Otros, como Jean Briere, André Liautaud, Roland Chassagne y Louis Hall, se han mantenido dentro de la línea tradicional francesa.

El africanismo tiene mucho de verdad y mucho de moda. El folklore y el campo, las supersticiones y las fiestas populares, ofrecen, desde luego, una imagen auténtica de Haití. Pero hay, al mismo tiempo, el otro Haití que ha pugnado durante siglo y medio por forjarse: el de la cultura francesa, que le pertenece con el mismo derecho y los mismos títulos que a Francia misma. El estudio de la prosa de Haití abarca todos los géneros, desde la novela, que ha conocido una suerte de bien mediocre, hasta la historia y el periodismo.

Hablemos primero de la novela, género algo frágil y que no ha alcanzado nunca la categoría de la poesía, ni siquiera del ensayo. La novela ha padecido un atraso por diversos motivos, algunos de los cuales han sido evocados al describir el medio intelectual del país. La novela exige, desde luego, mayor esfuerzo, y los problemas de publicación son, por consiguiente, mucho más complejos. El ambiente haitiano se presta, con seguridad, a la imaginación como también al realismo. Los países tropicales, la intensidad de las pasiones, la presencia de un pueblo altamente dotado para el arte y la expresión estética: he aquí todas las condiciones para el florecimiento del género novelesco. El país ha producido desde los comienzos un número importante de conteurs (narradores). El genio del criollo, como

se ha visto, se presta igualmente a las historias y a los cuentos, algunos sacados de la imaginación, y otros frutos del ambiente y de la experiencia. Ignace Nau, que nació en 1836, fue uno de los primeros cultivadores de este género amable, fundamentado en la historia, o en personajes de la guerra de la independencia. Los años de lucha por la emancipación de Haití están repletos de incidentes de todas las clases, y difícil sería encontrar un país donde las personalidades exóticas, y hasta estrambóticas, fuesen más numerosas. Muchos de estos cuentistas ocupan un lugar muy honroso en las letras haitianas: Jules Déviex, Justine Godfroy, Cadelon Rigaud, que nos ha dado una serie de viñetas inolvidables en sus *Promenades dans les rues de PortauPrince* y sus *Promenades dans les campagnes d'Haití*, Maurice Brum, Félix y Clément Magloire, Thomas Lechaud y Richard Constant. Estos cuentos, que tienen todo el carácter de novelas cortas, junto con las novelas propiamente dichas, son una fuente inagotable para el conocimiento del verdadero carácter del pueblo haitiano. Fuera de Ignace Nau, que puede considerarse más bien como un precursor, y Eméric Bergeaud, cuya *Stella* se inspira en las guerras independentistas, se llega a 1872 antes de poder hablar del nacimiento de la novela haitiana. Sin embargo, las obras de este primer novelista haitiano, Demesvar Délorme, nada tienen que ver con Haití. Nacido en Cap Haitien en 1833 y muerto en 1901, este distinguido haitiano tuvo una carrera brillante, ocupando varias carteras en el Gobierno nacional, para pasar luego a ostentar la representación diplomática del país en Berlín y ante la Santa Sede. Fue amigo de Lamartine, Dumas padre, Víctor Hugo y Michelet. Sus novelas en general tienen por escenario Los Alpes, Nápoles u otros lugares bien alejados de su patria antillana. Sus escritos políticos y sociales, no obstante, arroja una luz considerable sobre los problemas de Haití. Frédéric Marcelin criticó acerbamente esta actitud de elegante menosprecio de los problemas y las costumbres locales, y como remedio a la ausencia de novelas de fondo haitiano publicó varias cuyos nombres merecen retenerse: Thémistocle Epaminondas

Labasterre (parís 1901), *La vengeance de Mama* (París, 1902, primera edición) y *La Confection de Bazoutte* (París, 1909). Estas novelas, publicadas en Francia, conocieron una popularidad extraordinaria y un éxito considerable de librería, justamente por un ambiente exótico y sus personajes desconocidos.

Fernand Hibbert, uno de los observadores más acuciosos de la mentalidad nacional, publicó tres novelas de importancia: *Sena* (1905), *Les Thazar* (1907) y *Romulus* (1908), que se distinguen, sobre todo, por la penetración con que el autor presenta el ambiente local. Hibbert publicó luego *Les Simulacre* y *Le Manuscrit de mon ami*, a la vez que *Masques et Visages*, cuyos cuentos le colocaron entre los mejores cultivadores del género en Haití. Antoine Innocent publicó una sola novela, pero con tal éxito, que su nombre se consagró como uno de los buenos novelistas haitianos; *Mimola ou l'histoire d'une cassette: petit tableau de moeurs locales* (primera edición en Port-au-Prince en 1906 y reeditada en 1937). El fondo del libro tiene que ver con las prácticas religiosas del pueblo y sobre todo con la difícil sincronización entre las creencias populares y el catolicismo. Justin Lhérisson describe igualmente escenas locales, pero con una severidad que falta en los otros que hemos nombrado, y sin que brille la menor nota de humorismo, en *La Famille de Pitite Caille* (1905 y segunda edición en 1919) y André Fontanges Chevalier publicó, en 1906, *Mon Petit Kodak: clichés d'hier*, que conoció un éxito alentador.

Haití ha conocido, al igual que los países de población indígena, la novela de la tierra, y hasta proletaria, sin que el desarrollo de este género alcance, por ejemplo, las proporciones de la novela ecuatoriana, que trata de los problemas de las clases menos privilegiadas, ni de ese abundante florecimiento que se llama *la novela de la revolución mexicana*. El amor y el apego del campesino a su tierra constituye, desde luego, uno de los rasgos inconfundibles de la novela haitiana, y no es extraño que haya producido algunas obras de importancia. Jacques Roumain se destacó con una obra llamada *La Montogne Ensorcelée*, publicada en 1931. Más tarde este escritor publicó una de sus obras

más populares, *Gouverneurs de la Rossé* (Port-au-Prince, 1944), traducida luego al italiano, checo, hebrero, y quién sabe a cuantas lenguas más. Jacques Roumain, además de pertenecer a la extrema izquierda, dirigió una serie de investigaciones etnográficas en Haití, y durante algún tiempo sirvió al país en el exterior, como encargado de negocios en México. Jean Baptiste Cinéas ha publicado varias novelas *paysannes*, inspiradas en las angustias y los sinsabores del campo haitiano: *Le drame de la terre* (1933), *L'heritage sacré: roman paysan* (1945) y *Choc en Retour* (1949). Algunas novelas haitianas, sin alcanzar una categoría de gran distinción, se caracterizan por la facilidad del estilo y la sencillez con que la acción se desarrolla, tales como *Deux pauvre petiteds filles*, de Félix Courtois, y *Pour mon plaisir et pour ma peine* (calificada de una obra en prosa poética), de Marc Verne. Dos autores, Pierre Marcelin y Philippe Thoby-Marcelin, obtuvieron éxitos internacionales con varias de sus novelas, que han conocido los honores de la traducción, sobre todo en inglés. Su *Canaé vert*, publicada en 1944, fue premiada en el Segundo Concurso Interamericano de Novelas. Luego publicaron *La bête du Musseau*, que apareció igualmente en inglés en 1946.

La ocupación norteamericana inspiró algunas novelas de importancia, como *Le Choc*, de León Laleau, que tenía tanto de autobiografía como de novela; *Le Nègre Masqué*, de Stephen Alexis, obra distinguida sobre todo por su estilo, y escrita por uno de los mejores críticos de las letras haitianas modernas. Mme. Virgile Valcin publicó en 1934 una novela, *La Blanche Nègresse* y Mme. Etienne Bourand *Le Joug*, que figuran entre las obras más importantes de las escritoras femeninas. Un joven escritor, Max Gédeon, escribió en 1934 una novela de tipo científico, titulada *Diagnostics Différentiels*, y al mismo tiempo otra obra, *Le Portefeuille*, que por su novedad, constituyó en aquella una novela en los anales literarios haitianos. Maurice Casséus publicó su obra *Viejo*, en 1935, con prefacio del Dr. Price Mars. En el que subraya el carácter de este libro áspero, que nos muestra al desnudo al haitiano vuelto a su país, después de una permanencia en los

ingenios azucareros de Cuba, y las dificultades que se le presentan para readaptarse a las costumbres y ritmo de vida haitiana (Gasséus, Maurice, 1936, Vejo, Port-au-Prince, pág. IX).

Tomo, al azar, la publicación *Les Griots. La Revue Scientifique et littéraire d'Haití*; en uno de sus números de 1939, en el que hay una especie de declaración de intención, o profesión de fe, en el que Lorimer Dénis y François Duvalier reclaman un humanismo que incluya a la gente de color, siguiendo la trayectoria trazada por Daniel Rops en su *L'homme de couleur*. Estas manifestaciones de la nueva generación no carecen de pullas, mal disimuladas, contra la influencia del clero francés. El pueblo haitiano posee un sentido muy agudo para la sátira y la burla. La conmovedora historia de Haití sirvió al principio de tema de las primeras piezas dramáticas escritas y presentadas en el país. Pierre Faubert escribió una de las más antiguas, para los alumnos del Liceo Petión, titulada *Ogé y Chavannes*, e inspirada en la evolución histórica del país, cuando aquellos dos mulatos lanzaron su movimiento de oposición a las autoridades francesas. Las piezas de Liautaud Théart son las primeras que poseen un valor dramático de alguna importancia, y junto con algunas comedias ligeras compuestas por él, hay dos dramas con una intensidad considerable: *Un duel sous Blanchelande*, de tema sacado de la historia colonial, y *la Fille de L'Empereur*, que trata de un incidente en la vida de la hija de Dessalines. Alcibiade Fleury Battier compuso una pieza inspirada en una anécdota de la primera época colonial española, titulada *Anacaona*, cuyo texto, por desgracia, se ha perdido.

El gusto popular de Haití ha favorecido siempre, lo que podríamos llamar el *teatro épico*. El público gusta de las declamaciones, en las que se repiten las frases históricas de sus fundadores y generales. Charles Moravia satisfizo esta predilección con su *Crête á Pierrot*, escribió *L'apothéose*, en que el personaje principal es Paulina, hermana de Napoleón, y esposa del del desdichado General Leclerc. *La Croix Marchaterre* cuenta, en forma dramática, un incidente de la ocupación norteamericana, en que un

grupo de campesinos de la región de Torbeck, en el sur de la República, perdió la vida frente a los infantes de guerra de los Estados Unidos. Jean Brierre presentó una pieza titulada *Les fils ambassadeurs*, que fue suprimida por la Gobernación en 1933. Louis Henri Durand ha dado *Cleopâtre*, con acompañamiento musical de Justin Elie y que reconoció un éxito estruendoso. Vandenesse Ducasse logró muchos aplausos con sus *drams Noirs et jaunes*, *Mille huit cent quatre* y *Toussaint au Fort de Joux*, cuyo argumento era la encarcelación del héroe negro en el fuerte francés donde murió. Este mismo dramaturgo, que murió prematuramente, poseía un talento indiscutible, sobre todo para el teatro en verso, ya que además de las obras históricas mencionadas, dejó algunas comedias costumbristas, de las cuales la más notable es *L'amour et l'argent*. Massillon Coicou, poeta de vuelo, fue también un dramaturgo de importancia, que dominó el teatro nacional durante largo tiempo. *Les fils de Toussaint* y *Lberté* merecieron una presentación en París y el Emperador Dessalines, cuya existencia fue tan dramática, sirvió de tema a otra obra. Coicou manifestaba siempre una intención francamente didáctica y escribió y produjo algunos dramas, cuyo propósito era combatir el analfabetismo y fomentar la caridad hacia los menos privilegiados de la sociedad, sin vacilar tampoco en flagelar, en *Fefé, candidat*, y *Fefé, ministre*, a la burocracia de su tiempo y especialmente a los funcionarios que aprovechaban la indulgencia de los altos dirigentes para enriquecerse.

Hector Hippolyte, Philomé Obin, Dieudonné Cedor, Castera Vazile, Rigaud Benoit y otros, han abierto una época en Haití, en materia de pintura inspirada en el paisaje humano y natural del país. El jazz, y la música de variedades, van tomando un auge notable, gracias en parte al movimiento turístico, pero el teatro serio parece paralizado por el momento. El estado de la crítica es uno de los aspectos fundamentales en el desenvolvimiento literario de un pueblo. La crítica en Haití dista mucho de ser género cultivado con prodigalidad. La falta de un centro universitario de Humanidades, o sea una Facultad de Filosofía y Le-

tras, ha sido un obstáculo para que la crítica, como función de saneamiento intelectual, se produzca. Un crítico joven, Petión Gérome, fue director de la revista *La Ronde*, dedicada a la presentación y evaluación de las obras de la generación de 1900. De formación sólidamente clásica, Gérome logró levantarse por encima de las contingencias inmediatas de la vida haitiana, para iniciar una labor crítica en el verdadero sentido de la palabra. La época que se abre en 1900 estaba llena de promesas, a pesar de la situación política desastrosa. Una pléyade de gente joven, como Seymour Pradel, Dantés Bellegarde y otros, aspiraban a dar a Haití un auténtico renacer y a crear un ambiente en que la labor de la inteligencia tuviese su debido reconocimiento. Seymour Pradel, publicó una serie de ensayos y de estudios, en las páginas de los periódicos y revistas de boga en su tiempo: *La jeune Haïti; Le Nouvelliste y Haïti littéraire et scientifique*. Fernand Hibbert nos ha dejado, en su libro *Lex deux tendances*, uno de los estudios más penetrantes del movimiento literario de 1892 a 1912.

El problema muchas veces es la falta de método, del rigor necesario en la organización del material; defecto, por cierto, que no se limita de ninguna manera a Haití. Émile Marcelin, en sus *Médailles Littéraires*, y Jean Baptiste Cinéas, el novelista, han contribuido mucho a la apreciación de escritores contemporáneos tan fecundos como Price Mars, Dantés Bellegarde, Abel Léger, Dominique Hippolyte y otros. Algunos haitianos de la generación más joven, como André Liataud, muerto prematuramente, y Antoine Vieux, se han perdido para la crítica por su incorporación a otras faenas, como la educación y la diplomacia. Los partidarios de un nacionalismo más auténtico, como Paul Hector, Normil Sylvain, Antoine Vieux y Max Hudicourt, han colaborado igualmente en revistas y otras publicaciones, en un esfuerzo -desde su propio punto de vista- de depuración literaria.

Haití ha sido una tierra singularmente favorecida en cuanto a oradores y sobre todo oradores políticos. Desde 1870 a 1880, el período del parlamentarismo haitiano a que hemos aludido en la parte

histórica, produjo un número de oradores de primera fila: Boyer Bazelais, Edmond Paul, Armand Thoby y Demesvar Delome. Después de 1880 la nación admiraba, con especial complacencia, a una de las personalidades más originales que esta tierra ha producido, Anténor Firmin. Antropólogo, político y escritor, Firmin fue, indiscutiblemente, uno de esos personajes que han abundado tanto en Haití, y que hacía de todo y lo hacía relativamente bien. Los abogados -cuyo número de legión en el país- se destacan, como es de esperar, entre los oradores: Edmond Lespinasse, Luxembourg Cauvin y otros. Pero como era de esperarse, nadie ha igualado en Haití, en ese dominio de la elocuencia, a Louis Edouard Pouget.

La técnica del cuento parece inspirarse en lo africano, a juzgar por la similitud entre los haitianos y los brasileños, señalados por Arthur Ramos en su *O Folklore negro do Brasil* (Río de Janeiro, 1935), en que las fórmulas con empiezan y terminan, como la exuberancia de los gestos y las imágenes alegóricas, denuncian un origen común. Los que cuentan comienzan con la palabra ¿Cric? Y los que les rodean responden ¡Crac!, para entonces señalarse el número de cuentos que tiene que narrar.

Se ha notado que el ¿Cric? ¡Crac! Viene de la época colonial y era usado por los marineros bretones que llegaban en gran número a Saint Domingue. En algunas partes de África, notablemente en la Costa de Esclavos, el narrador inicia su cuento con Alo, a lo que los demás responden de la misma manera (Ramos 1973:206-207).

La diversidad de orígenes, así como la difusión geográfica, a veces notable, de los cuentos populares, han sido analizadas por una de las eruditas en esta materia, Suzanne comhaire -Sylvain. Un cuento recogido por ella, *Maman de l'eau*, se halla difundido en América, las Antillas, la Guayana francesa, la Luisiana y en toda la parte occidental de África, como también en el Norte,

hasta Argelia, y en el sur hasta Angola, siendo la versión haitiana una fusión de dos variedades, una bambara y la otra haussa. Otro que se llama *Domangage* se ha difundido por el Senegal y Gabón, la región antillana, los Estados Unidos del Norte y en Brasil y en los Países Bajos. La versión haitiana, introducida de África por los malinké, iolof, u otra tribu, contiene algunos elementos orientales que han desaparecido de los cuentos similares que se conocen en África actualmente. Estos ejemplos bastan para comprobar lo difícil de fijar orígenes precisos, y la diseminación extraordinaria que han alcanzado algunas de estas historias, que son la más conocidas y populares en Haití.

El criollo escrito ha carecido hasta ahora de una ortografía uniforme, como también de una gramática adecuada. No es posible sugerir la bibliografía existente hasta la fecha en criollo, sino dos o tres cosas que muestran la capacidad del idioma (Rosny, 1886: 251):

Silvain Georges: *Cric! Crac!* Port-au-Prince, 1929. 163 págs.

Kersuzan, Mons: *catéchisme a l'Archidiocèse de Port-au-Prince-Fontenay-le-Comte*, 1933. 40 págs.

Beaulieu, Christian: *L' école rèelle*. Port-au-Prince, 1939. 32 págs.

Bureau de diffusion de l'enseignement par le créole. Port-au-Prince, 1943. 52 págs.

Methore Laubach: *Introduction á l'orthographe phonétique creole: psychologie et methodologie pour l'enseignement du créole aux adultes illetrés*. Port-au-prince. S. f., 12 págs.

Desroches, Louis: *Abregé istwa Häiti, 1492-1945*. Port-au-Prince. S. f., 78 págs.

Historia de Haití, escrita en criollo, como la ortografía del reverendo Laubach.

El criollo como lengua popular parece tener su futuro asegurado; como lengua de cultura, no hay muchos indicios de que trasciendan más allá de las esferas limitadas de los proverbios y de algunos cuentos pintorescos. No obstante, F. Morisseau-Le-

roy, tradujo y adaptó *Antigone*, de Sófocles, al criollo, con mucho éxito, presentándose en el *Theatre de Verdure*, en Port-au-Prince.

Los autores haitianos están conformes en que el criollo es infinitamente expresivo y de una asombrosa riqueza de vocabulario, especialmente en todo lo que tiene que ver con la burla, chanza y guasa. Osward Durand, el mayor poeta que Haití ha producido, lo emplea en su pieza *Choucounne* con verdadera maestría. Massilon Coicou han escrito algunas cosas en criollo, entre ellas *Les melheurs de Ti-Yette*. Este mismo autor ha publicado una comedia costumbrista llamada *L'ècole matuelle*, en que el diálogo va intercalado de una profusión de proverbios y cómicos, como también autores de zarzuelas, emplean el criollo en piezas que se distinguen por su ironía picante, su intención satírica, o su genio puramente popular. Vaval (1933:463ss), en su historia de la literatura haitiana, dedica un capítulo a las letras en criollo.

A continuación damos un texto criollo, con el francés y luego el castellano, a manera de muestra de este idioma que nació en circunstancias tan curiosas y ha sobrevivido en un mundo como el antillano, donde el español, el francés, el inglés y el holandés -todas lenguas de cultura y de expansión- comparten el escenario.

Criollo

Ça qu'tégan conça? Angnie passé ça, non. M'tap descende bord' d'mer, mtender' role! role! Ça li yé! Youn tit soldat qu'tapgoumain acque ypun habitant Tit soldat ha voler su habitant ha, pope! Liméte main lan colletтели, Voup! L'autre fait youn back, wouop! li rev'ni, l'lancer tit soldat ha you coup d'tete bord guiole co-ou! M'ché pantant, l'vler tirer couteau l'. Laminme habitant ha: flap! li caler manchette li. Toute femme c'érele: ouaie! Pas fait ça, mes amis! Sor!... Depis temps mparle ous la, la pólice plip, plip, plip! ap'peser descende.

Francés

Qu'est-ce qu'il y a eu donc? Pas grand' chose! Je me dirigeais vers le dord de mer: J'entends un tumulte (roie! roie!) Quoi! Un militaire qui se battait avec un habitant. Le militaire bondit sur l'habitant, l'empoigne violement au collet; celui ci, d'un bond recule, puis revient vivement porte á l'autre un terrible coup d'tête (co ou!) sur la gueule.

Español

¿Qué pasa? ¡Poca cosa! Yo me dirigía hacia el centro de la ciudad cuando oí un gran escándalo. ¿Qué? Un militar que se peleaba con un campesino. El militar saltó sobre el campesino y le cogió violentamente por el cuello; éste da un salto atrás y vuelve hacia adelante, dándole un terrible golpe en la quijada.